

sa unida a la idea de un tiempo cíclico y eterno. Tenemos, por tanto, en esta serie de doce «Rimas», una síntesis muy ajustada de lo que será el poemario entero cuando este se publique en 1951.

Pero ¿qué ocurre cuando se edita *Rimas* en volumen, tres años más tarde? Mientras en las dos prepublicaciones anteriores los poemas se disponían siguiendo un patrón dividido en partes, cuidado y altamente revelador, en el que el discurrir de las composiciones era asimismo realzado por una creciente intensidad lírica, con motivo de su aparición en forma de libro esa ordenación se acabará perdiendo de manera definitiva. Efectivamente, en el momento en el que el poeta decide publicar esos poemas en volumen parece como si se hubiese ocupado de desordenarlos, ya que se suceden arbitrariamente, a modo de miscelánea. La mayoría de los críticos, en su análisis de *Rimas*, observaron que se trataba de un libro ajeno a construcción unitaria alguna [40]. El mismo Dámaso Alonso, en su prólogo, define el conjunto de la siguiente manera: «agregación caótica» [41]. Pero lo más extraño de esta «agregación caótica» es que somos conscientes de que anteriormente existió un proyecto de ordenación. ¿Qué ocurrió? Lo que sucedió fue que entre ese proyecto de ordenación de finales de 1948 y la realización final en volumen de 1951, Rosales escribe y da a las prensas *La casa encendida*, y ese libro trastoca completamente su propósito inicial para *Rimas*. Los proyectos de ordenación estructural y temática que Rosales pudo haber concebido a lo largo de los años cuarenta para *Rimas*, tras la escritura de *La casa encendida*, presentarán una nueva perspectiva.

Ya no será necesario organizar los poemas de *Rimas* de acuerdo a la distribución escogida para la prepublicación en 1948, es decir, dejará de ser preciso contar con una primera parte centrada en el yo, en la que se reflexione sobre la rutina, la soledad del hombre y el desamparo existencial, articulada en gradación ascendente para acabar concluyendo en un grito de ayuda. ¿Por qué? Porque para eso Rosales ya había escrito la primera parte de *La casa encendida*, si bien en el caso de esta última obra el grito de ayuda aparece transformado en una vibración íntima, la «raíz de un grito» que acaba liberando al yo poético de ese estado de desesperanza.

Tampoco será precisa una segunda parte en la que ampliase su espectro temático hacia la reflexión sobre la palabra, el nombre

como creador de la realidad, y en la que el tú sea el eje vertebrador de la mayoría de los poemas. Rosales había empleado este patrón en la segunda y, sobre todo, en la tercera parte de *La casa encendida*, especialmente en las poéticas que abren ambos capítulos.

Como tampoco será necesaria en *Rimas* la existencia de una tercera parte en la que la reflexión acerca del yo y del tú se amplíe al yo entre otros, vinculándose al universo en torno; donde el miedo, el dolor y la muerte afloren con mayor ímpetu; y en la que la reflexión sobre el origen, la infancia y el ser del hombre se exprese necesariamente unida a la idea de un tiempo cíclico y eterno. No será necesario, porque todo ello ya habrá sido expresado a la perfección en la cuarta parte de *La casa encendida*.

Finalmente, tampoco debemos olvidar que dos de los temas cruciales que vertebran ambos libros, y por tanto presentes a lo largo tanto de *Rimas* como de *La casa encendida*, son la mitificación del tiempo de la infancia y la memoria de la madre, una madre que Rosales recuerda en numerosos poemas de *Rimas*, y que se torna crucial en *La casa encendida*, justo al inicio y al final del poemario.

¿Qué explicación le damos a lo expuesto anteriormente? Hasta principios de 1949, muy probablemente, Rosales pensaba estructurar *Rimas* de una determinada manera, siguiendo el orden seguido en la prepublicación aparecida en *Cuadernos Hispanoamericanos*, en el número de septiembre-diciembre de 1948. Pero la sorpresa que supuso para él mismo el torrente creativo en el que se sumió y bajo los efectos del cual creó *La casa encendida*, le obligó a replantearse la estructura y la disposición de los poemas de *Rimas*. Es decir, se vio en la necesidad de reorganizar el libro de una manera distinta a como pensaba realizarlo en un principio, porque, de no hacerlo así, este hubiera resultado demasiado cercano y afín a *La casa encendida*. De manera que la única solución que encontró fue desordenarlo y conferirle una apariencia de libro «sin construcción unitaria», defendiendo esa tesis de ahí en adelante [42]. Cualquier crítico que hubiese seguido con detenimiento las prepublicaciones de Rosales en revistas y las hubiese analizado con cuidado habría detectado este detalle.

Si *La casa encendida* no se hubiese adelantado a *Rimas*, *Rimas* hubiese sido un libro muy distinto al que conocemos hoy. Lo más

curioso del caso es que en las sucesivas ampliaciones de *Rimas* Rosales no sólo no quiso solventar esta deuda contraída con el poemario y decidió continuar conservando su naturaleza de libro misceláneo, sino que además modificó un buen número de poemas que de alguna manera mostraban a las claras la íntima trabazón existente entre *Rimas* y *La casa encendida*; es decir: encubrió aún más aquellos aspectos que podían evidenciar sus paralelismos excesivos. *Rimas* será entonces, y siempre, un organismo vivo: no dejará de modificarse, de crecer y de alterarse a lo largo del tiempo, y lo hará como ningún otro libro de Rosales, quien además, en su objetivo de conseguir que *Rimas* fuera un libro lo más heterogéneo y vivo posible –y lo menos parecido a *La casa encendida* posible–, entrevera los tonos y los poemas –que en un inicio estaban ordenados temáticamente–, «armonizándolos por contraposición» [43] y ocultando con cada nueva versión aún más todavía ese proyecto original. La jugada le salió redonda, como lo demuestra el hecho de que los críticos, hasta el día de hoy, al observar que ambos libros presentaban temas y formas similares, lo atribuyeron, como era lógico, a que las dos obras habían sido escritas en un periodo de tiempo cercano. Pero si *La casa encendida* se hubiese demorado unos años más, y *Rimas* hubiese sido publicada según el criterio que Rosales tenía en mente a finales del año 1948, la disposición de sus poemas en partes, su estructura, la exposición de su pensamiento y la concreción lírica de su ideario habría sido idéntica a la expresada en *La casa encendida*.

Uno de los poemas de *Rimas* que más habría que reivindicar por su interés e importancia capital es el que cierra el poemario –que, significativamente, siempre lo cerrará–, «Aprendiendo a ser mano». De hecho, el cotejo entre su versión de 1951 y las sucesivas constituye un inmejorable ejemplo del origen de los cambios sufridos por el poema a lo largo de sus diversas reediciones. Así, este poema, que en su versión primitiva fue concebido en clave de síntesis de casi todos los temas importantes que habían ido apareciendo a lo largo de *Rimas* (por otra parte, desplegados en idéntica disposición a la que les hubiese otorgado en el caso de que el poemario hubiese sido publicado siguiendo el orden previsto a finales de 1948), acabará presentando en sus sucesivas versiones y reediciones –tal y como sucede con tantos otros poemas de